

CUERPO Y SUBJETIVIDAD EN NARRACIONES
DE ANDREA MATURANA, ANA MARÍA DEL RÍO Y
DIAMELA ELTIT*

María Inés Lagos
Dept. of Romance Languages
Washington University

En tres relatos de escritoras chilenas publicados entre 1986 y 1993 las protagonistas aparecen representadas como mujeres enfermas cuya subjetividad aparece estrechamente ligada a la materialidad de su cuerpo. En los dos primeros se trata de desórdenes relacionados con la dieta, bulimia y anorexia, y en el tercer caso el texto comienza con la descripción de una mujer afiebrada, en estado de letargia —como si careciera de voluntad propia— para terminar subrayando la corporalidad del embarazo de la narradora¹.

La asociación del cuerpo femenino con la enfermedad fue un recurso frecuente para representar a la mujer en la época victoriana. En ese período la palidez y blancura de la mujer se asoció no con la debilidad sino con la virtud. Pero esas imágenes se leen hoy de otro modo. En *Idols of Perversity* Bram Dijkstra interpreta estas representaciones, que sugieren una concepción de la feminidad basada en la sumisión y docilidad, como creaciones de la medicina y el arte que al inscribir el culto de la invalidez en los cuerpos femeninos destruyeron las vidas de muchas mujeres (25). Dijkstra agrega que se llegó a considerar no natural a una mujer sana, y en las clases altas actividad y energía se veían como un “faux pas” (26-27). La influencia de esas imágenes no debe ser subestimada, ya que, como señala Teresa de Lauretis en *Technologies of Gender*, las representaciones genéricas en el arte son a la vez reflejo y creación de discursos e ideas sobre la mujer que propugna y reproduce el arte (9). De allí que al reflexionar sobre tres textos contemporáneos nos preguntemos qué revelan estas representaciones sobre la subjetividad femenina y qué tipo

*Una versión abreviada de este trabajo fue leída en la VI Conferencia Internacional de la Asociación de Literatura Femenina Hispánica, “La Representación Femenina: Imagen y Escritura”, en Barnard College, Nueva York, octubre 20, 1995.

¹Diamela Eltit se ha referido a su interés por el cuerpo como material literario (Piña 249), y la crítica ha comentado en repetidas ocasiones el tratamiento del cuerpo en su narrativa. Véase, por ejemplo, Castro-Klarén y Olea.

de relación con el contexto familiar y social sugieren estas imágenes de mujeres enfermas.

En la actualidad, cuando las mujeres tienen mayores posibilidades de ocupar puestos destacados en la sociedad, cuando tienen acceso a las profesiones y a cargos que les estuvieron vedados en el pasado, puede parecer sorprendente que las mujeres jóvenes experimenten una tan alta tasa de desórdenes asociados con la dieta. Sin embargo, como los estudios sobre la anorexia y la bulimia han revelado una y otra vez, estas enfermedades son manifestaciones físicas de complejos problemas relacionados con la identidad femenina. Con frecuencia estos conflictos se originan en la falta de modelos, en la presión que se crean en las hijas cuando sobrepasan a la madre y, en general, en el alto nivel de expectativas que se espera de las mujeres jóvenes (Chernin xi-xvii). En un ensayo sobre la *anorexia nervosa*, Noelle Caskey se pregunta por qué algunas mujeres sufren de anorexia y otras no, y concluye que las anoréxicas son especialmente sensibles a los deseos de aquellos que las rodean (179). Por un lado la anorexia es una manifestación de autoafirmación frente a la familia y, por otro, como estas mujeres necesitan cuidados especiales que requieren la atención de sus padres, existe la posibilidad de que se exacerbe el sentimiento de dependencia. Una de las consecuencias de la falta de alimentación adecuada es un estado de agudizada conciencia del cuerpo causada por el ayuno (184), como una especie de continuo éxtasis, que deja al descubierto y a flor de piel los conflictos que padecen.

El movimiento feminista, especialmente a partir de los años sesenta, ha llamado la atención sobre los efectos en las mujeres del intenso control social al que está sujeto el cuerpo femenino (Bordo 167). Los estudios de Michel Foucault en los setenta, en particular *Vigilar y castigar* e *Historia de la sexualidad*, que hacen hincapié en el carácter histórico del cuerpo y en cómo las instituciones sociales han creado cuerpos dóciles, cuerpos marcados por prácticas y expectativas sociales, han sido muy útiles para profundizar desde la perspectiva de la mujer en los efectos de esa docilidad en la subjetividad femenina². Si aceptamos que el cuerpo no es ahistórico sino que en él se inscriben marcas culturales, históricas, sociales, religiosas y genéricas, concluiremos que la aguda conciencia de la corporalidad en las narraciones que estudio puede sugerir una concepción de la subjetividad en la que cuerpo y mente se conciben como las distintas caras en la cinta de Moebio, para utilizar la comparación que propone Elizabeth Grosz en *Volatile Bodies*. Grosz sostiene que “cuerpos y mentes no son dos sustancias distintas o dos clases de atributos de una

²Para un análisis de estas ideas desde la perspectiva feminista véase M.E. Bailey.

misma sustancia sino algo que está entremedio de estas dos alternativas. La cinta de Moebio tiene la ventaja de mostrar la inflexión de la mente en el cuerpo y del cuerpo en la mente, los modos en que, a través de un retorcimiento o inversión, un lado se transforma en el otro” (xii)³.

Las tres narraciones que analizaré son, en primer lugar, un cuento de Andrea Maturana titulado “Verde en el borde”, en el que la protagonista es una joven bulímica; una novela de Ana María del Río, *Óxido de Carmen*, en que la disciplina con que se castiga a la protagonista la transforma en una “santa” anoréxica en el sentido en que Rudolph Bell describe este concepto y, en tercer lugar, la novela de Diamela Eltit *El cuarto mundo*, que comienza con una descripción de la madre del narrador en la que se la presenta afiebrada y sufriendo de “terrores femeninos” (11).

Andrea Maturana escribió “Verde en el borde” para una antología de cuentos titulada *Los pecados capitales* (1993), a la que contribuyeron siete escritores chilenos. El pecado sobre el que escribe Maturana es la gula. A través de un episodio de bulimia Maturana explora las relaciones de una pareja, Diego y Francisca. El diálogo se plantea como un duelo en el que Francisca lucha por su autonomía y su deseo de tomar sus propias decisiones, mientras Diego, con el propósito de salvarla de su obsesión, trata de controlarla. Ella quiere escabullirse y él insiste en dominarla porque siente que se le escapa. Diego tiene miedo de perder su capacidad para conseguir la reacción que desea de parte de ella: “*ya no sabe* el efecto que pueden tener sus palabras” (15, el subrayado es mío).

A lo largo del relato la protagonista intenta convencer a Diego de que le permita ir al baño, pero, como no lo consigue, lo mira con sus seductores ojos verdes porque “*sabe* que así lo retiene” (16, el subrayado es mío). Francisca confía en que puede manejarlo; sin embargo no está segura de su capacidad de continuar seduciéndolo: “A veces ella teme que Diego se marche de verdad, pero en el fondo sabe que la espera en la sala” (17). Él, por su parte, también duda, y se siente impotente al darse cuenta de que no puede controlarla como quisiera. “Reconoce siempre el instante en que ella se le escabulle por el borde” (17). Diego está convencido de que ella es víctima de una obsesión y siente que él la está protegiendo de su propia destrucción, pero al mismo tiempo le cuesta admitir que Francisca pueda actuar de manera independiente. A su vez ella está consciente de que a él le molesta profundamente la obsesión de ella de comer chocolates para luego vomitarlos.

Muy pronto Diego se da cuenta de que se está quedando solo y busca una solución más agresiva. Piensa en “hundirle la cabeza hasta el fondo

³Todas las traducciones de textos teóricos en inglés son mías.

del agua, mantenerla ahí, sentirla estremecerse y forcejear hasta desistir y luego nada, *toda para él*, abandonando el borde para quedarse en su abrazo, obligada a elegir” (21, el subrayado es mío). Diego insiste repetidas veces en que le permitirá a Francisca ir al baño sólo si ella consiente en que él la acompañe, pero ella rehusa la oferta. Cuando Francisca se da cuenta de que “indefensa” parece haber “perdido toda capacidad de *manipularlo*” (27, el subrayado es mío), le permite que la acompañe al baño, tal vez con la esperanza de recuperar su ascendiente sobre él. Él, finalmente, va con ella al baño y le pide que lo deje “sostener[le] la cabeza” (28). Esta es la última frase del cuento.

A través de la obsesión de la protagonista este relato muestra el proceso de resistencia de una mujer a quien el amante quiere salvar de lo que él considera un proceso de autodestrucción. Pero, en su intento, la presiona y la vigila, mientras la mujer trata de resistir empeñada en ejercitar su propia voluntad. Kim Chernin explica que los desórdenes alimenticios se producen en el momento en que las mujeres comienzan a entrar en el terreno de lo que había sido prerrogativa masculina. Y agrega que la anorexia y la bulimia son manifestaciones de distintos tipos de ansiedades, tales como inseguridad, angustias ocultas, o un inconfesado sentido de confusión de la propia identidad (36-7). En *Eating Disorders*, uno de los estudios pioneros sobre el tema, Hilde Bruch sostiene que las mujeres que padecen de estos desórdenes “luchan contra el sentimiento de sentirse esclavizadas, explotadas, y de no poder llevar una vida propia” (250). En su búsqueda por una identidad “no aceptan nada que sus padres, o el mundo que las rodea, tiene que ofrecer” (250). Su principal preocupación es “una lucha por mantenerse en control, por un sentido de identidad, competencia y efectividad” (251, citado en Bell 17). De este modo, “la anoréxica se siente desesperanzadamente inadecuada e inefectiva en sus relaciones con los demás —padres, amigos, profesores, siquiátras—. Pero al mismo tiempo ha llegado a ser su propio amo”, afirma Rudolph Bell (19). Asimismo, en la narración, Francisca parece querer mostrarle a Diego que ella puede controlar sus propios movimientos y al hacerlo le manifiesta su independencia, pero revela también que se siente insegura de su capacidad para influir en él.

Se ha observado que las mujeres que padecen estos desórdenes tienen dificultades para relacionarse con los demás. Evitan la ayuda que otros les ofrecen, prefiriendo mantener su autonomía (Davis 183). La dieta se convierte en su central preocupación, de modo que esta condición llega a darles su identidad, hasta que el patrón de autodesnutrición se escapa de su control (Bell 20). La imagen de Francisca que entrega el relato podría resumirse, en parte, con la descripción que hace Caroline Bynum de las anoréxicas, cuando dice que “típicamente las anoréxicas se sienten

como títeres manipulados por otros, incapaces de actuar asertivamente en oposición a, o para complacer a padres que quieren controlarlas... No comer es, para ellas, una experiencia de control —de control por parte del yo, que ellas sustituyen por el control que pueden ejercer sobre circunstancias que no pueden conseguir” (202). Así, aunque es Francisca la que sufre de bulimia y la que parece más vulnerable, la narración se enfoca en la interacción de los protagonistas que, marcada por la suspicacia y un angustioso tira y afloja, revela las tensiones de una convivencia planteada en términos de relaciones de poder⁴. En el caso de Diego, éste no tolera que Francisca se le escape y que tenga su propia vida. Advertimos que parece no importarle tanto Francisca como su dominio sobre ella. A su vez, la compulsiva glotonería de Francisca parece ser un índice de su dependencia e inseguridad. Cuando ella descubre que ha perdido su capacidad de seducir a Diego le permite que la acompañe al baño. Él acepta la oportunidad de determinar el futuro de su mujer, y ella parece claudicar. Los dos pecan de gula, él en su afán por dominarla completamente, y ella con su obsesión por comer chocolates.

En la segunda narración, *Óxido de Carmen* de Ana María del Río, un narrador masculino cuenta la historia de Carmen, su media hermana. Carmen es una adolescente alegre y desinhibida, pero un día su tía Malva llega a vivir a la casona de la familia y descubre escandalizada que sus sobrinos, Carmen y el narrador, tienen una relación íntima y apasionada que ella considera censurable. Malva convence a su madre, la abuela de Carmen y el narrador, de que es necesario aplicar mano dura para que Carmen se corrija y se transforme en una niña dócil y respetuosa, como corresponde a una familia de su posición. Malva toma a su cargo la reeducación de Carmen y le impone una disciplina implacable. Para llevar a cabo su misión Malva acude a una buena dosis de religión —lecturas piadosas, confesión frecuente, ayunos, etc.— con lo cual transforma a Carmen en una mujer sumisa y llena de escrúpulos. La misma Malva, normalmente segura de sus convicciones, es ejemplo de sumisión cuando a su madre la visitan connotados prelados de la Iglesia. Se empequeñece al saludarlos y adopta una voz de niña. Como ha escrito Sandra Bartky a propósito de las repercusiones que tienen en la mujer el recucido espacio físico que se les enseña a ocupar con su cuerpo, “el lenguaje del cuerpo de la mujer habla elocuentemente, aunque en silencio, de su ‘status’ subordinado en la jerarquía del poder” (74). Del mismo modo, el cuerpo de Carmen se empequeñece con las prácticas

⁴El siguiente comentario de Diamela Eltit a propósito de su novela *El cuarto mundo* parece pertinente aquí: “cómo hablar de la pareja que en lo contemporáneo se encuentra más en un estado de guerra que en un estado de amor” (Garabano y García-Corales 70).

ascéticas hasta el punto de que se transforma en una “niña hilo” (60). Si bien Carmen ya no se ríe y pierde todo interés en contar historias, que era uno de sus grandes talentos, ahora encuentra placer en su autocontrol motivado por su deseo de huir de cualquier situación pecaminosa. Como describe Rudolph Bell al caracterizar la “anorexia santa”, sólo en la muerte encuentra Carmen su total liberación de la carne. Bell afirma que “la supresión de deseos físicos y sentimientos básicos —la fatiga, el apetito sexual, el hambre, el dolor— libera al cuerpo para realizar hechos heroicos y para que el alma comulgue con Dios... Una vez que se experimenta este nuevo y especial sistema de recompensa llega a convertirse en autoinducido y autoalimentado, un ejemplo clásico de sentimiento/respuesta. Pero la actividad física extraordinaria y el hambre no pueden continuar indefinidamente,... La muerte se transforma en algo lógico, dulce y en la total liberación de la carne” (13). El estado que describe Bell, la *anorexia mirabilis*, es resultado del deseo de acercarse a Dios por medio de prácticas que, como el ayuno, contribuyen a controlar los apetitos. Bell propone que la anorexia, tal como se la define y ha estudiado desde fines del siglo XIX, puede servir para entender los efectos del ayuno con propósitos religiosos en un grupo de mujeres de la alta edad media en Europa, lo que él ha llamado “holy anorexia”. Aunque se ha discutido si estos diferentes tipos de anorexia son comparables —y hay opiniones divergentes al respecto— lo que me interesa aquí es el modo como lee Bell la situación de la mujer que por motivos religiosos se somete a un ayuno riguroso⁵. La experiencia de Carmen puede compararse a la que describe Bell, sobre todo si pensamos que tal como ocurría en el caso de las mujeres medievales, el ayuno se utiliza en su caso para eliminar los apetitos del cuerpo que pueden ocasionar deseos pecaminosos. Caroline Bynum observa que, de una manera unánime que a ella le resulta sorprendente, los historiadores están de acuerdo en que las mujeres de la época medieval tardía odiaban su cuerpo y su sexualidad porque podían incitarlas al pecado. Para evitar caer en estas tentaciones se castigaban a través del ayuno y otras formas de automutilación, y usaban el ayuno para ejercer control sobre sus cuerpos como una manera de manipular su físico. Esta concepción del cuerpo se explicaría como una internalización de “la misoginia que habían contribuido a crear las tradiciones filosóficas, científicas, teológicas y folclóricas, y las estructuras

⁵Véanse, por ejemplo, Bordo, Brumberg, Davis y Bynum. Mientras Brumberg separa los dos tipos de experiencias, Bordo y Davis encuentran elementos comparables. Bynum no niega que haya puntos de contacto pero, como historiadora, es partidaria de mantener las distinciones entre contextos sociohistóricos que corresponden a visiones de mundo diferentes.

de la Iglesia y la sociedad” (Bynum 208-9). En la novela de Del Río, una religiosidad formulada en términos similares —que en general corresponden a la posición de la Iglesia católica que ha concebido el cuerpo de la mujer como fuente de pecado— es la que transforma a la protagonista⁶. Así, la Carmen que fuera gozadora y desinhibida se va deshaciendo, literalmente, hasta que acaba ahorcándose al colgarse de una lámpara. Aunque en la novela de Malva quien aplica la disciplina que Carmen internaliza, el relato sugiere que la sumisión de la mujer se origina en el mundo externo, en el mundo de la política, de la jerarquía eclesiástica y el poder militar con quienes la abuela mantiene estrechas relaciones. Aquí se puede aplicar el análisis de Foucault sobre los modos cómo operan los mecanismos sociales, según como lo interpreta Sandra Bartky para el caso de la mujer: “el poder disciplinario que inscribe la feminidad en el cuerpo femenino está en todas partes y en ninguna: el que ejerce la disciplina es todo el mundo y sin embargo nadie en particular” (74)⁷.

Aunque este relato no está ambientado en la época de la dictadura en Chile sino en los años 50, la novela sugiere la importancia que se atribuye a la conducta de la mujer en la creación de un orden social que se reproduce a sí mismo y en el que la docilidad femenina es una de las piedras fundacionales. *Óxido de Carmen* describe el proceso de cómo se borra la resistencia de Carmen a través de prácticas ascéticas. Al final, irónicamente, la limpieza ha sido tan radical y efectiva que de la familia sólo sobreviven el narrador, un tío soltero que fue también objeto de la disciplina, y la criada. La novela muestra que el efecto de esta limpieza es un orden estéril, una familia sin descendencia.

La tercera narración, la novela de Diamela Eltit *El cuarto mundo*, está dividida en dos partes. La primera está contada desde el punto de vista de un narrador masculino, y la segunda desde la perspectiva de su hermana melliza. La novela comienza con la descripción del narrador de su madre enferma. A pesar de que está afiebrada, el padre del narrador le hace el amor “obligándola a secundarlo en sus caprichos” (11), y en este encuentro conciben al hijo que cuenta la historia. Al día siguiente se repite el mismo episodio. Esta vez la madre concibe a la hermana melliza del narrador. El narrador presenta a su madre como una mujer sujeta a la mirada patriarcal, dominada por el padre. Sin embargo luego sabemos que esta mujer demuestra un cierto grado de resistencia. Sus hijos advierten que quiere abandonar la casa (40), y luego evade la vigilancia del marido al citarse con un amante, a veces en su misma casa (75-6).

⁶En el siglo xvii sor Juana Inés de la Cruz criticó esta concepción de la mujer como incitadora al mal en su poema “Hombres necios”.

⁷Para un análisis en detalle de esta novela en relación con los mecanismos sociales que establecen una disciplina a través de la familia, véase mi ensayo sobre *Óxido de Carmen*.

En el relato del narrador la hermana está presentada como su rival, alguien que le quita su espacio ya desde el útero, y que lo deja en vergüenza delante de su padre porque ella no sólo nació primero por su propio empuje, sino que habló antes que él. Sin embargo en otras ocasiones la hermana se subordina al narrador, a quien ama. Por ejemplo, cuando el hermano tiene su primer encuentro amoroso, ella, a modo de protesta, se enferma (48-51). Y más adelante deja a su primer novio por complacer a su hermano. En la segunda parte de la novela, la hermana melliza entrega una historia diferente. Desde la perspectiva que provee la segunda parte comenzamos a sospechar que el narrador de la primera parte no es confiable⁸. Por un lado ha descrito a su hermana de modos que no son consecuentes con la representación que ella hace de sí misma, pero lo que resulta curioso es que el narrador declare que se siente orgulloso de llevar el nombre de su padre y luego diga que su apodo es un nombre de mujer, María Chipia. Además, con escasas excepciones, el mundo que describe el narrador es el mundo de la casa que gira en torno a la madre, y critica repetidamente la actitud dominante del padre y su continua vigilancia. En cambio, en la narración de la hermana advertimos que ésta no se deja subyugar por la mirada paterna que vigila desde los intersticios, sino que resiste de diversos modos. Mientras en el relato del narrador se destacan las cualidades femeninas de la hermana, en su propio discurso la narradora revela la fuerza de su voz. De este modo, en la primera parte, con un discurso lineal y una caracterización de los personajes como masculinos o femeninos que corresponde en gran medida a los estereotipos de conducta asociados con estas categorías, el texto nos sorprende por su aparente binarismo. Sin embargo, también observamos que este supuesto orden a veces se desordena. Por ejemplo, la hermana revela a veces una conducta pasiva y conciliadora, pero otras es agresiva. El narrador mismo se representa con cualidades asociadas a la feminidad: “grácil como una pantera y sensual como una cortesana oriental, borré al muchacho de su mente” (61).

El final del relato sirve de clave para dilucidar estas sospechas. En la última línea la narradora se nombra. Dice llamarse “diamela eltit” con minúscula, en el momento en que da a luz a una “niña sudaca” que es la novela que leemos. En este momento el hijo anunciado al comienzo de su embarazo (83) se transforma en hija, y nos enteramos de que la joven

⁸En un artículo sobre *Lumpérica* y *El cuarto mundo* sugería que con la ambigüedad de su identidad sexual el narrador se traiciona (130).

madre es madre no sólo biológica sino textual⁹. Pero lo más importante es que el final nos obliga a reconsiderar las voces narrativas, pues ahora sabemos que el texto que leemos ha sido realizado por la madre de la criatura, “diamela eltit”, asistida por su hermano. Si consideramos que la novela que tenemos enfrente es un texto producido por la narradora de la segunda parte comprobamos que aunque la novela tiene una vida independiente de quien le ha producido, la hermana melliza ha sido un agente en su elaboración. Ahora bien, si esto es así, entonces la representación de la madre, con la cual el narrador solidariza pero de quien también se distancia, es una representación hecha por su hija, quien a su vez se convierte en madre al final de la novela. También entendemos ahora algunas alusiones del narrador, por ejemplo cuando afirma: “jugábamos... al intercambio” (34), “con el mundo partido en dos, mi única posibilidad de reconstrucción era mi hermana melliza” (37), “Mi hermana melliza armó pieza por pieza mi identidad” (38), “no me era posible pensar la vida sin mi hermana. Una parte mía terminaba en ella, quizá la parte más sólida y permanente” (49). Además, por el mismo narrador sabemos que “los habitantes de [su] casa ...se travestían incesantemente” (79), y la narradora más tarde dice una frase que desde la perspectiva de la conclusión cobra sentido “porque tú eres yo misma” (104).

En el sorprendente párrafo final de *El cuarto mundo* se revela la acción/actuación (*performance*) del personaje femenino, quien aparece como un ventrílocuo que a la vez que “imita” los modelos de conducta sexual socialmente prescritos, los “insubordina” (Butler)¹⁰. Parece someterse al orden, pero en realidad lo desestabiliza. El mundo que crea, en el que se deconstruyen las categorías de femenino y masculino como las conocemos, podría ser el cuarto mundo, un mundo creado por una voz femenina desde el margen.

Los tres relatos que he examinado ilustran algunos posibles conflictos de las mujeres cuando se transforman en sujetos que toman sus propias

⁹En una entrevista con Julio Ortega Elit declara: “el intento en *El cuarto mundo* fue hacer visible la problemática latinoamericana. Utilicé mi propio nombre como hija para pasar a productora de textos, madre de textos: la novela sudaca (“la niña sudaca irá a la venta”, frase final del libro”), que desde el punto narrativo elegido va a la venta teñida por su condición de desamparo y resistencia” (238). Gisela Norat sugiere que el cambio de sexo tiene un valor simbólico que subraya la doble marginación del texto de una escritora, por ser femenino y sudaca (82).

¹⁰Sin embargo no debe entenderse que el yo de la narradora es fijo, o que puede repetirse del mismo modo una y otra vez, pues, como señala Judith Butler, “What ‘performs’ does not exhaust de ‘i’; it does not lay out in visible terms the comprehensive content of that ‘I’, for if the performance is ‘repeated’, there is always the question of what differentiates from each other the moments of identity that are repeated” (18).

decisiones. Mientras la bulimia de Francisca, la “santa anorexia” de Carmen y el embarazo de la narradora de *El cuarto mundo* ponen de relieve la relación cuerpo/subjetividad, al mismo tiempo, y de modos diferentes, los textos expresan algunos efectos del cuestionamiento de los roles sexuales y la capacidad de resistencia del individuo frente a la avasalladora fuerza de las regulaciones sociales. En *cuarto mundo* hay una clara conciencia de que la madre no ofrece un modelo atractivo para su hija, la narradora. Luce Irigaray ha sugerido que la relación madre-hija es especialmente problemática en las sociedades occidentales, pues la hija observa que su madre es la que le impone la disciplina de sumisión que propugna el orden simbólico, y el modelo de subordinación que ésta presenta a la hija no le provee una figura atractiva para imitar y respetar. Esta imagen de la madre crea reacciones ambiguas en la hija. En *El cuarto mundo* la hija-narradora-madre-“productora de textos” —como la llama la misma autora (Ortega 238)— no comparte la docilidad de su madre, pues la ve como una mujer resignada y entregada a la vigilancia del padre¹¹. No obstante, al mismo tiempo que se distancia de ella, la presenta con simpatía, pero a través de una voz narrativa masculina. Así, la narradora —abandonada por sus padres y su hermana menor que se escapan de la casa de los márgenes deslumbrados por la ciudad— se presenta como huérfana, pero no como una *tabula rasa*, pues incorpora distintas modalidades de feminidad y masculinidad en su relato.

En “The Foucauldian Body and the Exclusion of Experience”, a la vez que reconoce los aportes de los análisis de Foucault sobre el modo como los factores histórico-sociales actúan a través del cuerpo en la construcción de la subjetividad, Louis McNay advierte que para el feminismo este análisis puede ser limitante porque minimiza la capacidad de transformación y de agencia del sujeto. McNay sugiere que reducir al individuo a la noción de cuerpos dóciles en las sociedades contemporáneas nos llevaría a una concepción demasiado estática de la formación de la identidad sexual. McNay sostiene, por el contrario, que es posible redescubrir la noción de individualidad y experiencia (137). Si consideramos la crítica de McNay, comprobamos que mientras los relatos de Maturana y Del Río ponen énfasis en el peso inescapable de las fuerzas sociales, pues las protagonistas que demuestran resistencia son castigadas con la muerte, en el caso de Eltit tenemos una situación opuesta. La melliza no sólo da

¹¹Para un análisis de *El cuarto mundo* como una metáfora de la situación de la escritora latinoamericana véase Gisela Norat.

¹²He examinado este aspecto en “Reflexiones sobre la representación del sujeto en dos textos de Diamela Eltit: *Lumpérica* y *El cuarto mundo*”.

origen a la vida biológica y textual con su “hija sudaca”, sino que con su voz deconstruye la representación de los roles sociales como categorías fijas, para insuflarlos de fluidez y renovación, confundiendo los bordes.

Al comienzo de este trabajo me preguntaba cómo representan la subjetividad femenina tres escritoras chilenas que escriben en el mismo período en textos muy concretos que subrayan la materialidad del cuerpo. Podemos concluir diciendo que si bien la presencia de la dictadura es el contexto histórico desde el que hablan estas narraciones, y que ciertamente ha colaborado a perfilar un tipo de disciplina y unas posibilidades de ser mujer, el modo de considerar la capacidad de agencia de la mujer varía¹³. Estos tres relatos sugieren por una parte la presencia de una disciplina efectiva que opera desde los valores culturales, sociales y familiares, pero también que el individuo contesta, ofreciendo mayor o menor resistencia. Si bien dos de las protagonistas claudican, la narradora de *El cuarto mundo* es un ejemplo de resistencia desde el margen.

OBRAS CITADAS

- BAILEY, M.E. “Foucauldian Feminism. Contesting Bodies, Sexuality and Identity”. *Up Against Foucault. Explorations of Some Tensions Between Foucault and Feminism*. Ed. Caroline Ramanazoglu. Routledge, London, 1993, 99-122.
- BARTKY, SANDRA. *Femininity and Domination. Studies in Phenomenology of Oppression*. New York: Routledge, 1990.
- BELL, RUDOLPH M. *Holy Anorexia*. U. of Chicago P., 1985.
- BORDO, SUSAN. *Unbearable Weight. Feminism, Western Culture, and the Body*. Berkeley: U. California P., 1993.
- BRUCH, HILDE. *Eating Disorders. Obesity, Anorexia Nervosa, and the Person Within*. Nueva York: Basic Books, 1973.
- BRUMBERG, JOAN JACOB. 1988. *Fasting Girls. The History of Anorexia Nervosa*. Nueva York: Plume, Penguin Books, 1989.
- BUTLER, JUDITH. “Imitation and Gender Insubordination”. *Inside/Out. Lesbian Theories, Gay Theories*. New York: Routledge, 1991, 13-31.
- BYNUM, CAROLINE WALKER. *Holy Feast and Holy Fast. The Religious Significance of Food to Medieval Women*. Berkeley: U. California P., 1987.
- CASKEY, NOELLE. “Interpreting Anorexia Nervosa”. *The Female Body in Western Culture*. Ed. Susan Rubin Suleiman. Cambridge: Harvard, UP, 1986. 175-89.
- CASTRO-KARÉN, SARA. “Escritura y cuerpo en *Lumpérica*”. *Una poética de literatura menor: la narrativa de Diamela Eltit*. Juan Carlos Lértora, ed. Santiago: Paratextos/Cuarto Propio, 1993, 97-110.
- CHERNIN, KIM. *The Hungry Self. Women, Eating and Identity*. 1985. New York: Harper and Row, 1986.
- DAVIS, WILLIAM N. “Epilogue”. *Holy Anorexia*. Rudolph M. Bell. Chicago: U. of Chicago P., 1985, 180-190.

¹³En “Errante errática” Eltit comenta sobre la situación de escribir bajo la dictadura (18-9).

- DE LAURETIS, TERESA. *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. Bloomington: Indiana UP, 1987.
- DIJKSTRA, BRAM. *Idols of Perversity. Fantasies of Feminine Evil in Fin-de Siècle Culture*. New York: Oxford UP, 1986.
- ELTIT, DIAMELA. *El cuarto mundo*. Santiago: Planeta, 1988.
- “Diamela Eltit: Escritos sobre un cuerpo”. Juan Andrés Piña. *Conversaciones con la narrativa chilena*. s/l: Editorial Los Andes, 1991, 223-54.
- “Diamela Eltit: entrevista”. Sandra Garabano y Guillermo García-Corales. *Hispanamérica* 62 (1992): 65-75.
- “Errante, errática”. *Una poética de literatura menor: la narrativa de Diamela Eltit*. Juan Carlos Lértora, ed. Santiago: Paratextos/Cuarto Propio, 1993, 17-25.
- FOULCAULT, MICHEL. 1975. *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*. Trad. Alan Sheridan. Nueva York: Vintage, 1979.
- 1976. *The History of Sexuality. Volume I: An Introduction*. Trad. Robert Hurley. Nueva York: Vintage, 1980.
- GROSZ, ELIZABETH. *Volatile Bodies. Toward a Corporeal Feminism*. Bloomington: Indiana UP, 1994.
- IRIGARAY, LUCE. “And the One Doesn’t Stir without the Other”. Trad. Hélène Vivienne Wenzel. *Signs* (1981) 7, 1: 60-7.
- LAGOS, MARÍA INÉS. “Reflexiones sobre la representación del sujeto en dos textos de Diamela Eltit: *Lumpérica* y *El cuarto mundo*”. *Una poética de literatura menor: la narrativa de Diamela Eltit*. Juan Carlos Lértora, ed. Santiago: Paratextos/Cuarto Propio, 1993, 127-40.
- “Familia, sexualidad y dictadura en *Óxido de Carmen* de Ana María del Río”. *Inti*. Número especial: *The Configuration of Feminist Criticism and Theoretical Practices in Hispanic Literary Studies*. Ed. Cynthia Duncan. 40-1 (1994-95): 207-17.
- MATURANA, ANDREA. “Verde en el borde”. *Los pecados capitales*. Ed. Mariano Aguirre. Santiago: Grijalbo, 1993.
- MCNAY, LOIS. “The Foucauldian Body and the Exclusion of Experience”. *Hyppatia* 6, 3 (1991): 125-39.
- NORAT, GISELA. “Diálogo fraternal: *El cuarto mundo* de Diamela Eltit y *Cristóbal Nonato* de Carlos Fuentes”. *Chasqui* 23, 2 (1994): 74-85.
- OLEA, RAQUEL. “El cuerpo-mujer. Un recorte de lectura en la narrativa de Diamela Eltit”. *Una poética de literatura menor: la narrativa de Diamela Eltit*. Santiago: Paratextos/Cuarto Propio, 1993, 83-95.
- ORTEGA, JULIO. “Resistencia y sujeto femenino: entrevista con Diamela Eltit”. *La Torre*, 4, 14 (1990): 229-41.
- RÍO, ANA MARÍA DEL. *Óxido de Carmen*. Santiago: Andrés Bello, 1986.

ABSTRACT

Este ensayo examina tres relatos de escritoras chilenas publicados entre 1986 y 1993 en los que las protagonistas aparecen representadas como mujeres enfermas. Esta forma de representación, que subraya la materialidad del cuerpo, sugiere una concepción de la subjetividad en la que cuerpo y mente no pueden concebirse separadamente. Al enfocarse en personajes femeninos que sufren de desórdenes relacionados con la dieta, bulimia y anorexia, y en una madre enferma y su hija que está por dar a luz, estas narraciones muestran diversos modos en que las protagonistas se relacionan con su medio social, especialmente en lo que se refiere a su posición como mujeres. Los tres textos ofrecen diferentes reacciones frente a las expectativas sociales en cuanto a los roles femeninos prescritos, y varios grados de resistencia ante esos modelos.

This essay examines three stories by Chilean women writers published between 1983 and 1993, in which the protagonists appear in the condition of sick women. The form of representation, underscoring the materiality of the body suggests a view of subjectivity in which body and mind cannot be conceived as separate. In focusing on feminine characters suffering from disorders related to diet, bulimia and anorexia, and also on a sick mother with a daughter who is about to give birth, these narratives show different ways for the protagonists to relate to their respective social milieu, especially in what affects their gender condition. The three texts offer different reactions to social expectations deriving from established feminine roles with various degrees of resistance to those prescribed models.